

Altéralos el árbol que se mueve
Sacudido del aire que se enoja;
La sombra que hace entre la blanca nieve
Gente del fiero Rey se les antoja;
Temen la foragida gente aleve,
Que al caminante con rigor despoja:
Todo lo teme el uno y otro amante,
Que el miedo tiene cuerpo de gigante.

Temer Josef, si Heródes los hallara,
Que maniatados á los dos volviera
Y de los blancos pechos arrancara
Al que el del Padre airado hará de cera;
Que presos á la cárcel los llevara,
Y ante sus ojos muerte al Niño diera,
No pudiendo guardar su amada vida
De la furia del bárbaro homicida.

Imagina á su Esposa maniatada,
Que la condena el Rey por malhechora,
Y su justa inocencia condenada
A abrir su pecho mano vengadora;
Imagina su sangre derramada,
Y el la del corazón derrama y llora,
Disimulando el grave sentimiento
Por su Esposa que lleva igual tormento.

Imaginase preso y aherrójado
En el horrendo calabozo oscuro,
Por infames verdugos azotado,
Rasgado el pecho con el garfio duro;
Imaginase á muerte condenado
Y que le arrastra el escuadrón perjuro
Hasta el lugar donde el desnudo brazo
Al alma libra del estrecho lazo.

Y dice: «Ay Dios, si tan dichoso fuera
Que libre mi adorado y mi querida,
La sangre de mi pecho alegre diera
Por guardar de los dos la amada vida!
¿Quién por el Niño padecer se viera
Hasta que el alma, la prisión rompida,
Fuera á esperar la redención copiosa
A la cárcel de gente venturosa!»

Así contempla el mártir de deseo,
Mártir de amor, que del amor herido,
Del martirio gozó lauro y trofeo,
Padeciendo en el alma y el sentido;
Mártir, que de su vida haciendo empleo,
La ofreció por guardar á su querido;
Mártir de amor, que con gloriosa palma
Como su Esposa padeció en el alma.

Caminan los desiertos arenales,
Temiendo tigres, onzas y dragones,
Ferozes y crueles animales,
Y mas que estos escuadras de ladrones;
Temen los enemigos capitales
Del pueblo de Israel y sus blasones;
Pisan la margen al regador Nilo,
Temiendo al engañoso cocodrilo.

Pasan las noches con temor y susto
Entre desiertas ásperas montañas,
Tal vez abriendo el alcornoque adusto
Para hospedar al Niño en las entrañas;
Tal vez le ofrece con natural gusto
La encina miel, azúcares las cañas;
Tal vez las palmas bajan sus cabezas
Poniendo entre sus manos sus riquezas.

Tal vez el ganadero que los topa
Les ofrece la leche, el pan y el queso,
Cuál del corcho les da la leve copa,
En que hace ondas el cristal travieso;
Cuál con la blanca piel al Niño arropa,
De la hermosura de su rostro preso;
Cuál á Josef le da el corvo cayado,
Que, aunque alegre le ve, le ve cansado.

Tal vez Josef á su querida pide
Le dé el Niño Jesús, que ver desea,
Y el Niño con sus brazos se comide,
Premiando el gusto con que en él se emplea,
El Niño hermoso el cuello grave mide
Del dichoso que alegre le gorgaña;
Besa el Niño á Josef, Josef suspenso
Bebe el néctar de gusto y gozo inmenso.

Lleva unida á su pecho la hermosura,
En el pecho de Dios siempre engendradora,
Que llenándole el alma de dulzura,
La deja de su amor mas abrasada;
Gozando va la sin igual ventura,
Sola para su Esposa y el guardada,
Pues solos le llevaron en sus brazos,
Gozando del favor de sus abrazos.

Va el Niño entre los brazos del que ama,
Y como es ya de un año y sed padece,
Agua pide á Josef, que padre llama,
Y él por los ojos la del alma ofrece;
Agua le pide el que de amor le inflama,
Y al paso de su sed la pena crece
Del Santo que le lleva, porque ignora
Dónde halle el agua para el Dios que adora.

«¿Cuántas veces faltó entre piedras frías
La comida á la Esposa y Niño bello!
Y cuántas el que el pan ofreció á Elias,
Deseó bajar y al gran Josef traerlo!
Cuántas aquel, que en los pasados dias
Cogió el pastor del rústico cabello,
Deseó que el Padre eterno le mandara
Que comida del cielo les bajara!»

La Virgen disimula la sed grave
Por no afigir al caminante santo,
De cuyo amor con certidumbre sabe
Que hiciera fuentes de copioso llanto;
Josef come del pan dulce y suave,
Que es sustento del Padre sacrosanto;
Bebe del agua de la fuente viva,
Cuya inmortal dulzura es excesiva.

Vuelve y dice á su amada el noble Esposo
Del tiempo que otra vez la gente hebrea
Pisó el desierto estéril y arenoso,
Que agora el Niño ilustra y hermosea;
Y cuánto el cielo fué con él piadoso,
Que en cuarenta años que por él pasea,
Dios le favoreció con mano larga,
Haciendo dulce la jornada amarga.

«Como la nube opaca al sol se opuso,
Hecha escudo al ardor que despedía,
Como de noche la columna puso
Su escuridad volviendo claro día;
Y cuán contrario agora lo dispuso,
Pues la nube derrama lluvia fría,
Escureciendo la menguante luna,
Que pudiera en la noche ser columna.»

«Las piedras no gastaban su calzado,
Conservándose sanos sus vestidos,
Y agora miro en Dios maravillado,
La ropa rota y estos pies heridos;
Entonces daba el agua un canto helado,
Con que Dios regalaba á sus queridos,
Agora el agua huye y su ser trucea,
Dejando su corriente mustia y seca.»

«Entonces daba el cielo la comida,
A cada cual á gusto del deseo,
Agora la hambre vil descolorida
Nos amenaza con su rostro feo;
Entonces su rigor quitó la vida
Del reino egipcio á su mayor trofeo,
Con sus hijos mostrando el brazo fuerte,
Y agora el suyo huye de la muerte.»

«Entonces el caballo y caballero,
Que al escogido pueblo perseguía,
Al mar, por donde abrió llano sendero,
Dejó caer sobre su valentía;
Agora, huyendo de un tirano fiero,
Le deja en su soberbia monarquía,
Enviando al Hijo de su pecho amado
Por montes y desiertos desterrado.»

«En aquel bien pasado y mal presente
El afligido corazón repara,
Mas bien sabe este Niño omnipotente
Que por ninguno aquesé bien trocará;
«¿Qué nube blanca, que columna ardiente,
¿Qué maná dulce y portentosa vara,
¿Qué mar abierto, que abundante piedra,
Llega al bien que á mi cuello se hace yedra?»

El Niño hermoso alegre á Josef besa,
El gusto en su trabajo agradeciendo;
El nuevo Atlante absorto se embelesa,
El aliento del Niño Dios cogiendo;
Pídele la hermosísima princesa,
El pecho de jazmines previniendo,
Donde recliná á Dios y adonde él bebe
Néctar que mana entre la grana y nieve.

Entra en Egipto el Tolopoderoso
Sobre la nube que nos llovió al justo,
Y ante la bella luz del rostro hermoso
Los idolos cayeron que hizo el gusto;
Huyendo van al reino temeroso,
Aullidos dando entre temor y susto,
Como lo dijo aquel profeta sabio,
Que limpió el fuego el uno y otro labio.

Bajó la china de la Indiana China,
Que del monte sin manos fué cortada,
Cuya potencia y santidad divina
La estatua derribó del Rey soñada;
Pues siendo de oro rico y plata fina,
De cobre, hierro y barro fabricada,
Hiriéndola en los pies la hizo pavesa,
Quedando convertida en niebla espesa.

También el venerable Jeremías,
Que cautivo en Egipto lo predijo,
Al triste son de las cadenas frías,
Que por Dios le causaron regocijo,
Que vería Egipto en los futuros dias
Que una Virgen hermosa tendría un hijo,
A cuyos bellos ojos soberanos
Caerian las aras de sus dioses vanos.

Desde entonces un ara levantaron,
Y al Niño y á la Madre la ofrecieron;
A la Madre por Virgen adoraron,
Y deidad en el Niño conocieron;
Solas estas imágenes quedaron,
Y todas las demás al suelo fueron,
Cuando entró por Egipto el arca viva
Que las estatuas de Dagon derriba.

Llegan á la Tebaida venturosa,
Y della á una ciudad pobre y pequeña,
Heliópolis llamada, mas gloriosa
Que la que sus pirámides enseña;
Píde Josef á su consorte hermosa
Al Niño Dios, que con su faz risueña
Infunde en él un resplandor divino,
Con que olvida el trabajo del camino.

Llega á un meson, pregunta si hay posada,
Sale el huésped, gitano mas piadoso,
Que los ingratos que la noche helada
Le fueron mas que el tiempo rigoroso;
Sale el huésped, y el alma enamorada
Del rostro bello del infante hermoso,
Que si responde, y cuando no la hubiera,
Que dentro el alma humilde se la hubiera.

Entra y descansa la divina Aurora
De dos meses de susto y de cuidado,
Y ofrece el pecho al que por ellos llora,
Que llega del camino trabajado;
Josef, que el gusto de los dos adora,
Le solicita con afable agrado;
Yo, que á Betlen he de volverme luego,
Doy fin al canto, que cansado llevo.

CANTO XIX.

De la muerte de los Inocentes, y puericia de Cristo
nuestro Redentor.

«¿Qué lamentables voces, qué gemidos
Adelgazando el aire le corrompen?
¿Qué gritos tristes, qué roncós aullidos
El vuelo de las aves interrumpen?
¿Qué llantos miserables, qué alaridos
Al cielo llegan y sus puertas rompen?
¿Qué fines tristes, qué no vistos males
Prohostican los llantos desiguales?»

«¿Qué ricas hebras de oro veo arrancadas,
Que esparcidas al aire le enriquecen?
¿Qué mejillas de rosa veo arañadas?
¿Qué soles, que eclipsados amanecen?
¿Qué perlas de las almas destiladas?
¿Qué cnerdas, que furiosas se enloquecen?
¿Qué matronas sin seso descompuestas?
¿Qué gritos tristes, qué voces funestas?»

«¿Qué mar de sangre la ciudad inunda
Del rey tirano, en que nació el Eterno?
¿Qué crueldad fiera de Atalia iracunda
Hace de bronce duro el pecho tierno?
¿Qué Aleto, que Meguera furibunda
Se ha desatado del horrible infierno?
¿Qué Abarimo cruel, qué helado scita
El llanto miserable solicita?»

«¿Qué cuadrilla de lobos carnívoros,
Contra unos corderillos desarmados,
Muestra las garras y los dientes fieros
En la sangre purísima manchados?
¿Qué soldados afilan los aceros
En rosas y claveles encarnados?
¿Qué rústica segur las flores siega
Y el campo estéril con sus hojas riega?»

«¿Qué mano tosca de villano astuto
Al árbol llega lleno de hermosura,
Y sin sazón arranca el tierno fruto,
Marchitando del árbol la frescura?
¿Qué animal fiero, qué inhumano bruto
Al nido sube, donde mal segura
El avecilla guarda sus hijuelos,
Que ayuda pide á los piadosos cielos?»

«¿Qué cierzo requemado al hielo incita
Contra las flores que el almendro ofrece,
Que las vistosas hojas le marchita
Y las tempranas flores desvanece?
¿Qué mano sin piedad furiosa quita
A la temprana viña que florece
Los racimos en cierne que, colgando,
La enamorada vid está abrazando?»

«¿Qué tristes y sangrientos arreboles
Se muestran al salir de la mañana?
Y qué recién nacidos bellos soles
Eclipsados derraman sangre humana?
¿Qué jazmines, qué rubios tornasoles
Están vestidos de sangrienta grana?
¿Qué estolas mas que nieve veo tenidas
De la sangre que brotan las heridas?»

«¿Qué gigantes armados triste veo
Desnudar el acero reluciente,
Amenazando al escuadrón pigmeo,
Mas que el de los corderos inocente?
¿Qué lauro victorioso, qué trofeo
Espera el escuadrón fiero inclemente,
Mostrándonos cruel y embravecido
Cuánto corta la espada en un rendido?»

«¿Qué ovejas miro andar descarriadas
Dando balidos por sus recuetales?
¿Qué gallinas defienden erizadas
Los polluelos con golpes desiguales?
¿Qué abejas de aguijón y enojo armadas
Defienden la labor de sus panales?
¿Qué mujeres, mudadas en leonas,
Muestran los corazones de amazonas?»

«Cuál, con mano tan fiera como blanca,
Del oro, de quien hurta al sol los rayos,
Las hebras rubias sin piedad arranca,
Volviendo enero sus floridos mayos;
Cuál de su sangre liberal y franca
Padece de la muerte los desmayos
Por defender del bárbaro homicida
La vida del que há un mes que tiene vida.»

«Cuál al que adora da el último abrazo;
Llega el verdugo del airado Marte,
Y asiendo de jazmin el tierno brazo,
Furiosamente por mitad le parte;
Cuál de la mano fiera haciendo lazo,
El cuello tuerce por do el alma parte;
Cuál coge al inocente, y encendido
Le arroja en varias partes dividido.»

Cuál le clava en el pecho que le cria,
Y la leche que alegre el niño mama
Vuelve á salir por la boquilla fria
Mezclada con la sangre que derrama;
Cuál con la madre con crueldad porfia,
Y cada cual tirando de su rama,
Desgajan con amor y con violencia
El árbol do florece la inocencia.

Cuál á la madre llega que le encubre,
Y furioso y soberbio la atropella;
El inocente niño se descubre,
Y el verdugo inhumano le degüella;
Cuál madre de sudor el rostro cubre,
Y temerosa con su prenda bella
La va á esconder, y esconde el puñal fiero
El homicida ingrato en el cordero.

Cuál llega al niño que con dulce risa
Con el sayon por su inocencia aboga,
Y el inhumano con crueldad le pisa,
Y entre sus piés con impiedad le ahoga;
Cuál escondido al cruel ministro avisa,
Que por el mar de sangre airado boga,
Y Sácale el alma, y palpitando deja
El corderillo en brazos de la oveja.

Cuál al hermoso niño fiero arranca
De entre los pechos de quien vida bebe,
Volviendo rosa la azucena blanca,
Su jazmin lirio y su escarlata nieve;
Cuál madre de sus ricas joyas franca
Soborna en vano al que impiedades llueve,
Que el joyel que pretende ya le ha hallado
De la garganta de marfil colgado.

Cuál coge al niño, y en furor ardiendo,
En un poste le estrella la cabeza,
La piedra su dureza enterneciendo
Cuando los hombres hurtan su dureza;
Cuál al niño que alegre está durmiendo,
Enamorando al cielo su belleza,
Furioso le arrebató y pasa el pecho,
El de su madre de dolor deshecho.

Cuál como niño que temer no sabe
Al verdugo que viene, abre los brazos,
Y muestra el pecho para que le enclave,
Dando al fiero puñal tiernos abrazos;
Cuál madre entre la angustia y pena grave
De sus entrañas coge los pedazos,
Donde volverlos otra vez quisiera
Para que nueva vida y ser les diera.

Cuál con pasos helados se retira,
Y el cruel ministro vomitando sañas
Tira del niño y del su madre tira,
Y el niño muestra abiertas las entrañas;
Cuál abrasada, como tigre, en ira,
Busca de muertos entre las montañas
La prenda de su amor que no parece,
Con que el dolor y su lamento crece.

Cuál dice: «Ay hijo, y quién no te engendrara,
Y ya que te engendró no te pariera,
Y ya que te parió al nacer te ahogara,
Y el vientre triste sepultura fuera!»
Cuál dice sollozando: «Ay prenda cara,
Quién dentro en sus entrañas te escondiera
De aquestos Trogloditas inhumanos,
Sin ver andar las tuyas en sus manos!»

Cuál dice al que su niño hermoso lleva:
«Si has sido padre, si has amor tenido,
Haga el amor de haberlo sido prueba,
Y deja de matarme mi querido;
Si no lo has sido, esa beldad te nueva
Que de en medio del alma has desasido;
¡Así lo seas de unos ojos bellos,
Que te alegre la gloria de tenellos!»

Deja el tierno cordero degollado,
Sin responder el lobo carnívoro;
Ella le dice: «¡Ah cobarde armado,
Contra aquesta inocencia bravo y fiero!
Ladron, que del tesoro que has robado
Dejas la bolsa y sacas el dinero,
¿A dónde huyendo vas? Cobarde, espera,
Verás hecha leona una cordera.»

Dice otra: «¡Oh madres tristes! fú huyendo
De la fiera del hombre cruel y ingrata,
Mas que todas las fieras monstruo horrendo,
Pues que ninguna lo que engendra mata;
Huid, porque asolando y destruyendo
Gargantas siega y pechos desbarata,
Piernas y brazos con rigor desmiembra,
Las almas saca y las entrañas siembra.»

«Huid deste animal, nobles matronas,
Que os persigue soberbio y iracundo,
Sino es que, como fuertes amazonas,
Quereis mostrar vuestro valor al mundo;
Huid debajo las airadas zonas
Al arimaspó, al scita furibundo,
A la Etiopía de inhumana gente,
A los dragones de la Libia ardiente.»

Otra, bañada en lágrimas, forceja
Por librar de la muerte á su adorado,
Y el verdugo cruel medio le deja,
Habiendo el otro medio desmembrado;
Otra en ser madre con dolor se queja,
Y maldice el haberlo deseado,
A la esterilidad bendita llama,
Aunque conoce que la ley la infama.

Cuál dice: «¡Ay tigres fieros inhumanos!
¿Son valentías de gallardos hechos
Mostrar contra estos pechos vuestras manos,
Abriendo airados estos blancos pechos?
Verdugos, como el mismo rey tiranos,
¿Murais rabiando de dolor deshechos,
A vuestros hijos os comais, y luego
Las nubes os consuman en su fuego!»

Cuál grita como loca: «Hombres ingratos,
¿Es este el pago á nuestra fe debido?
Maldiga el cielo los alegres ratos
De donde aquestos hijos han nacido;
Pues si quiera por ser vivos retratos,
Adonde cada cual se ve esculpido,
Pudierades guardar su amada vida;
Pero por eso solo es bien perdida.»

Otra, rabiando, dice: «El hijo deja
Que me costó mi sangre y mis dolores;
Ase el ministro de oro la guedeja,
Y marchita del alba los colores;
Cuál huye y á esconderse se apareja,
Y el niño bello, derramando amores,
Llama al verdugo, que como ove el grito,
Corta el jazmin y dejale marchito.»

Cuál dice airada entre funestos llantos:
«Tirano Rey, ¿desta arte nos defiendes?
¿Por qué consentes que padezcan tantos,
Si solo á un Niño rey matar pretendes?
Cobarde, á quien un niño causa espantos,
¿No echas de ver, cruel, que no te entiendes,
Pues que tu vida tu puñal degüella
Matando á quien pudiera defendella?»

«¿Quién te defenderá, si el Rey nacido,
Ya varon, se apercebe á hacerte guerra?
Quién, loco, si tú mismo has destruido
A los que habian de defender tu tierra?
Y si por rey el Niño está escogido,
Del eterno saber que nunca yerra,
En vano es, necio Rey, tu injusto celo,
Que ha de cumplirse lo que ordena el cielo.»

Otra dice: «¡Oh Rey niño! El mundo vea
Que glorioso y triunfante el cetro huelles
Deste cruel que tu morir desea,
Al cual como á tirano vil degüelles;
Toma venganza desta afrenta fea,
Miren mis ojos que al traidor desuelles,
Y que sus viles carnes, podrecidas,
De huitres y de cuervos sean comidas.»

«Salvador, dice otra: si lo eres,
Y vienes á salvar, como condenas
A dolor y tristeza á estas mujeres
Y á aquestos inocentes á estas penas?
Salvador Niño, no nos desesperes,
Rompe los grillos, quiebra las cadenas
Del oprimido pueblo, y del tirano
La cerviz siega tu gloriosa mano.»

«Ven, Salvador divino, otra vocea,
Y á los que por tí mueren libra y salva;
Mústias y secas tu grandeza vea
Las bellas flores al salir del alba;
Ven, Salvador, que el mundo te desea,
Y en la venida te hace fiesta y salva,
Sembrando flores, rosas y jazmines,
Sobre los cuales triunfador camines.»

Encarnizados en la cruel matanza
Los sangrientos verdugos la acrecientan;
Crece el dolor y mengua la esperanza
De las que tristes de dolor reventan;
Acabó de su bien la confianza,
Los alaridos roncós mas se aumentan,
Crecen los ríos de la sangre roja,
La amarillez, el ansia y la congoja.

Los rayos escondido el rubio Timbreo,
Porque tan gran maldad mirar no pudo;
Hizole horror el caso atroz y feo
Del pueblo ingrato, de piedad desnudo;
Despenóse á las olas de Nereo,
Y á la garganta de oro dando un nudo,
Encúbrese corrido, y triste parte
De haber mirado tan cobarde á Marte.

Tendió la noche su lobuna capa
Sobre los corderillos inocentes
Por ver si su piedad á alguno escapa
Del cobarde escuadron de los valientes;
Y aunque á los niños con su sombra tapa,
Ellos se manifiestan diligentes,
Que en su temprana muerte está su gloria,
Y en ser vencidos su mayor victoria.

Con las tinieblas crece la tristeza
Llora el mozo, el varon, el niño, el viejo,
La madre llora su mayor riqueza,
Sin admitir consuelo ni consejo;
La sangre sube en presta ligereza
Al cielo, y empañándole su espejo,
Como la de Abel justo al cielo clama
Contra el vil escuadron que la derrama.

Llora Raquel y sus clamores crecen,
Y mirando sin vida sus despojos,
No admite los consuelos que le ofrecen,
Que antes le multiplican los enojos;
No halla consuelo como no parecen
Las bellas luces de los bellos ojos;
Sus voces, sus lamentos, sus aluidos
De todos fueron tristemente oidos.

Los montes tristemente la escucharon,
Los valles tristemente respondieron,
Su dureza las peñas ablandaron,
Y las yerbas en sangre se tñieron;
Las aguas cristalinas se enturbiaron
Con la inocente sangre que cogieron,
El cielo se cubrió de negro luto,
El ave dejó el vuelo, el pasto el bruto.

Teñida en sangre la ligera Fama
Con las nievas tristísimas se parte;
Furiosa gime y espantada brama,
Dando de tal crueldad al mundo parte;
Llega á do el Nilo su cristal derrama,
Y del egipcio reino á aquella parte,
Donde el noble Josef y su consorte
Gozan del Rey de la suprema corte.

Las almas les hirió el enchillo agudo,
Cubrió sus rostros un temor helado;
Ninguno el golpe disimular pudo,
Que los dos corazones ha enclavado;
Cada cual de dolor y pena mudo
Está mirando á su consorte amado;
Llora la Virgen, llora el noble Esposo,
Y el Niño que los ve llora medroso.

Disimula la Virgen soberana
Los arroyos de aljofares divinos,
Por restañar los que entre nieve y grana
Vierte el Niño en sus pechos cristalinos;
Josef, con pecho tierno y alma humana,
Inescrutables mira los caminos
Que tiene Dios, y dale eternos loores
De ver libre al Señor de los señores.

Con miedo guarda y con temor encubre
Al Niño tierno, cuya lumbre pura
Por los divinos ojos se descubre,
Aumentando del cielo la hermosura;
La Madre entre mantillas pobres cubre
Al Niño hermoso, de quien es criatura,
El uno y otro en el regocijado
De que del impio Heródes le han librado.

El Niño amor con gusto se adormece
Colgado del clavel del blanco pecho,
Y el suyo el gran Josef luego enriquece
Haciendo de sus brazos lazo estrecho;
Puesto en la cuna á su adorado mece,
Cisne cantor de sus grandezas hecho;
Alégrase la Virgen sacrosanta
De ver que el Niño duerme y Josef canta.

El infinito Niño va creciendo,
Y con donaire y gracia sobrehumana
Hace pinitos de la mano asiendo
A la que huella á la inmortal Diana;
Della al justo Josef parte corriendo,
Y de los brazos con que el orbe allana
Alas haciendo, vuela al dulce nido
Del tierno corazón de su querido.

Cuélgase alegre del amado cuello,
Y hallándose seguro entre sus brazos,
El rostro grave junta al suyo bello,
Premiando sus dulcísimos abrazos;
Josef entre las hebras del cabello,
Que son rayos del sol y de amor lazos,
Gozoso en tanta gloria se embelesa,
Y del que adora las mejillas besa.

La mano toma al Niño soberano,
Favor que á tanta dignidad conviene,
Y mira como tiene de la mano
Al que en la tibia suya el orbe tiene;
Al riguroso Dios ve tan humano,
Que ya al hombre á la mano se le viene,
Y que olvidado Dios de su castigo,
Le da la mano de perpetuo amigo.

A todos por la mano se le gana,
Pues que glorioso de la mano lleva
A la sabiduría soberana,
Que hace de su niñez andando prueba;
Mueve los piés de rosa, nieve y grana,
Y ya mas firmes, á andar solo prueba
De su Josef la mano desasiendo,
A la ley de la infancia obedeciendo.

Tal vez deja los brazos de su madre,
Y lleno de amoroso regocijo
Por ver que tal favor á Josef cuadre,
Gorgeándose con él, padre, le dijo:
El con afecto y con amor de padre
Hijo le llama, siendo de Dios hijo;
Llega su rostro al de escarlata y nieve,
Y de sus rosas el aliento bebe.

Ya el niño Dios los blancos pechos deja
Ricos de su alimento soberano,
Y en los piés de oro ya mayor forceja,
Y anda sin que le dé nadie la mano;
Llora si ve que su Josef se aleja,
Y viéndole volver se alegra ufano;
Asele y dice lleno de alegría:
«Padre, dénos del pan de cada día.»

Y tal vez que el dichoso carpintero
Con la cruel sierra de piedad desnuda
El pecho rompe del cuartón grosero,
Que se resiste á su fiereza aguda;
Llega el que es de la gloria el heredero,
Y como ve que trabajando suda,
Con el nevado babador le limpia,
Lavado por la que es mas que el sol limpia.

Cógele de la mano, y amoroso
Le lleva donde teje su querida;
Gózase en verla el virginal Esposo
En su honesto trabajo entretenida;
Ella, tendiendo el resplandor hermoso,
Vuelve á ver las dos almas de su vida,
Al niño Jesus mira y á su amado,
Que uno del otro viene enamorado.

Deja el telar la virginal Señora,
Y con la gracia que enamora al cielo
La limpia mesa pone á los que adora
Y le llenan el alma de consuelo;
Coge Josef al Dios que le enamora
Y le escogió por el mejor del suelo,
Y dilete entre el gozo que le muestra:
«Hijo querido, siéntate á mi diestra.»

Siéntase, y luego pone al Niño á un lado,
Y entrando la bellísima Princesa,
El otro toma de su Esposo amado,
Que es cabecera en la divina mesa;
A un lado ve la que es de Dios agrado,
Al otro al Niño, que por Dios confiesa,
Y que le sirven los que á Dios adoran,
Que de su dicha grande se enamoran.

Un ángel, que de estrellas viste un alba,
Trae los servicios de la real comida;
Otro, cuya belleza imita el alba,
Trincha á los tres que tienen una vida;
Otro, lleno de luz, les hace salva,
De rodillas sirviendo la bebida,
Sirviendo al rededor los de la boca,
Que el amoroso Niño á amor provoca.

Come el Esposo bienaventurado
La beldad que á Dios quita las enojos,
Y al eterno manjar siempre engendrado
Enamorado come por los ojos;
El niño Dios del Santo enamorado,
Le abraza el alma y roba sus despojos;
Bebe Josef gozoso el agua viva,
Que hace que eterno el que la bebe viva.

El cuerpo flaco su porción demanda,
Y la divina virginal paloma
Ruega amorosa al que á su Criador manda
La vianda pobre para el cuerpo coma;
Vuelve Josef humilde á su demanda,
Y la comida de sus manos toma;
Come Josef y llega el Niño amado,
Y de la boca quitale el bocado.

Muérdete alegre el sumamente bueno,
Baja á Josef, que á dulce amor provoca,
Y vuelve á darle de contento lleno
El bocado quitado de su boca;
El nutricio dichoso de sí ajeno,
Que á tal favor se vuelve el alma loca,
Sangre del alma por los ojos hueve,
Que el niño Dios enamorado bebe.

La bella Aurora, á quien el sol no iguala,
Con mucha gracia y con afable agrado
Al Niño hermoso y á Josef regala
Dándoles el manjar que ella ha guisado;
Los coros bellos que en la pobre sala
Sirven al Rey eterno disfrazado,
Como á Josef tan venturoso miran,
Su dicha alaban, su virtud admiran.

Como el Niño á Josef la vida debe,
Le regala premiando su pureza;
El vaso toma en que su Josef bebe,
Y bebe en él su su igual grandeza;
Tiénesele Josef, y es bien se eleve,
De tal familia viéndose cabeza;
La Virgen se regala y enamora
Viendo el favor que goza el que la adora.

Suenan alegres músicas suaves
De las que en la sagrada impirea cumbre
Dan las divinas voladoras aves
Al que rige su inmensa muchedumbre;
Suspenden á las dos personas graves
Regocijando al que es lumbre de lumbre,
Que les da el postre en la comida pobre,
Porque con su presencia todo sobre.

Dan gracias á su Niño omnipotente
Por las que les ha hecho en la comida;
Luego la escuadra alada diligente
Alza la mesa en que comió su vida;
Coge Josef al bello Sol de Oriente,
Y puesto entre él y su mujer querida,
Mil requiebros le dice, mil amores,
Que paga con ternísimos favores.

Toma el hermoso Niño entre sus manos
Las de su Madre amada y justo Esposo;
Dales en ellas besos soberanos,
Honrando el matrimonio venturoso;
Pásmanse los celestes cortesanos,
Ríese el Niño, y con agrado hermoso
De los dos brazos hace un lazo bello
Con que enlaza amoroso su real cuello.

Coge Josef, que en dulce amor se inflama,
Al que es entre millares escogido;
El besa alegre al que su padre llama
Del cuello grave estrechamente asido;
Josef hace su pecho dulce cama,
Donde se queda el niño Dios dormido;
El Niño eterno duerme, Josef vela
Hecho de Dios divina centinela.

Josef, lleno de gozo y alegría,
Su amor descubre y su bondad señala,
Hecho padre y tutor que adora y cria
A su menor, que al Padre eterno iguala;
La virgen hermosísima María
Al Niño y á Josef sirve y regala;
El Niño en su niñez maravillosa
Se regala en los dos en quien reposa.

Cuál vez que la purísima Doncella
Está labrando sobre su almohadilla,
Llega el que rayos puros del sol huella,
Y ante los de su Madre se arrodilla;
El cual, asido estrechamente della,
Besa el clavel que al cielo maravilla;
Ella le pone en sus virgíneas faldas,
Los ángeles haciéndole guinaldas.

Cuál vez que el Santo con la azuela aguda
Las astillejas del madero arranca,
Llega el que eterno no se muda
A recogerlas con su mano blanca;
Y al que es en su niñez guarda y aynda
Besa la mano en su servicio franca;
Abrazale Josef y en él se eleva,
Y él las astillas á su madre lleva.

Cuál vez que el carpintero venturoso,
Ayo de Dios y de su Madre dueño,
Rindió los lasos miembros al reposo
Que le venció pesado y halagüeno,
Allegó alegre su querido hermoso,
Y hecho fiel Argos de su dulce sueño,
Con el dedo en la boca se le guarda,
Hecho Dios de Josef custodio y guarda.

Cuál vez Josef con amorosa muestra
Manda al Niño hacer algo, y él responde:
«Hágase, padre, la voluntad vuestra,
Que á la vuestra la mía corresponde.»
Josef, mirando la humildad que muestra,
Entre los hombros la cabeza esconde,
Absorto en contemplar que le obedeece
Aquel á quien el cielo se estremece.

Cuál vez á su querida Josef dijo,
Teniendo al cuello al niño Dios colgado:
«Virgen hermosa, este es mi amado hijo,
En quien gloriosamente á mi me agrado.»
Cuál vez vertiendo gozo y regocijo,
De su niño Jesús enamorado,
Llega y bebe el aliento que respira,
Pásmase el alma, el corazón se admira.

Cuál vez Josef, de dulce amor herido,
Clava los ojos en el Niño eterno;
Los suyos clava Dios en su querido,
Haciendo horno de amor su pecho tierno;
Josef en vivas llamas encendido
De la fuerza de amor del fuego interno,
Hecho un volcan de amor dulce y suave,
Brotó el fuego que dentro no le cabe.

Cuál vez Josef, que á Cristo se parece,
Se mira en Dios de ininidad abismo;
Cristo mirando al Santo que engrandece,
Se goza viendo en él su rostro mismo;
Crece en Josef la gloria, el amor crece,
Padeciendo un glorioso parasismo,
Pues de verse y amarse los dos tanto,
Procede un dulce amor divino y santo.

Cuál vez Josef le dice: «Oh gloria mía!
Si el Hijo sabio es gloria y regocijo
Del cuidadoso padre que le cria
Para venir á honrarse con tal hijo;
Siendo vos la inmortal sabiduría
Que el Padre eterno eternamente dijo,
Y siendo mi hijo vos, ¿qué gloria y gozo
Pueden llegar al que en tal hijo gozo?»

Cuál vez que mira el Niño poderoso
Que dejan el trabajo sus amados,
Con un mirar suave y amoroso
Dice: «Venid á mi los trabajados;
Venid al que es vuestro descanso hermoso,
Llegad á descansar mis regalados;
Destos brazos haced yugo suave,
Dulce descanso del trabajo grave.»

Cuál vez la Madre dice viendo al Hijo
Que recogiendo las astillas anda:
«¿Qué es lo que hacéis, mi Dios?» Y el Niño dijo:
«Lo que mi señor padre Josef manda.»
Josef en un gozoso regocijo,
Hecho su corazón de cera blanda,
Se le derrite al soberano fuego,
En quien se queda el sol helado y ciego.

Cuál vez Josef asido de la mano
Saca fuera de casa al que le eleva;
Gózase alegre el Niño soberano
De que consigo su Josef le lleva;
La ciudad y la gente mira ufano
De la experiencia humana haciendo prueba;
Pregunta á su Josef lo que él no ignora,
Josef le enseña niño, y Dios le adora.

Calle el triunfo del casto patriarca
Josef primero deste sin segundo,
Que de la piel grosera y tosea abarca
Vino á llamarse Salvador del mundo;
Pues hoy asido del que al cielo abarca
Les muestra el pan del alhohi fecundo
Tras la esterilidad que el reino egipcio
Sujetó hambriento y triste al real servicio.

Calle la hermosa ropa rozagante
Con que el Rey le premió su providencia;
Calle el anillo y sello de diamante
Con que quiso igualarle en su potencia;
Calle el collar debido al real infante,
De oro y piedras con rica diferencia;
Calle la real carroza, en que aclamado
De todo el reino egipcio fue adorado.

Que otro nuevo Josef mas casto y bello,
Con otra ropa de virtudes hecha,
Con el collar mas rico al noble cuello,
Que es el Tison que el Padre al suyo se echa,
Con el anillo del cerrado sello,
En quien la piedra Cristo quedó estrecha,
De Ezequiel en la imperial carroza
Mas digao triunfo venturoso goza.

Pues si el otro soñó que era adorado
De la luna, del sol y las estrellas,
Al nuestro sirve el sol puro y sagrado,
Que humilde encoge ante él sus luces bellas;
La luna llena, de quien es traslado
La que miró san Juan besar sus huellas,
Adora y reverencia al santo Esposo
Y el coro de los ángeles glorioso.

Si el otro siervo huyó de la ama hermosa,
Que por traerle al mas seguro sueño
Le mostró el rostro de jazmin y rosa,
Rendido, vergonzoso y halagüeno,
El nuestro tuvo por su digna Esposa
La gracia y la beldad, de quien fue dueño,
Y andando entre la gracia y la belleza,
Fue como ángel del cielo en la pureza.

Si el otro guardó el pan para los años
De la esterilidad descolorida,
El nuestro tuvo oculto en pobres paños
El pan del cielo, que es del cielo vida;
Si el otro en sueños vió casos extraños,
Y de los sueños la verdad cumplida,
Al nuestro le fue en sueños revelado
El Verbo eterno en carne disfrazado.

Lleva el divino Atlante venturoso
Al que rige los ejes inmortales,
Lleva al Rey niño todo poderoso,
Dando luz á las luces celestiales;
Gózase Egipto viendo al Niño hermoso,
Pásmanse los plebeyos oficiales,
Y absortas por las calles y ventanas,
En su beldad se admiran las gitanas.

Que si otro tiempo el venturoso hallado
Que el Nilo trujo en su corriente pura
Pudo dejar á Egipto enamorado
Con la beldad igual á su ventura,
No es mucho el Niño cándido y rosado,
El que es la misma gracia y hermosura,
Deje los oficiales y las damas
Cual mariposas en sus vivas llamas.

Calle Absalon con sus cabellos de oro,
Que fueron sogas de que quedó ahorcado,
Callen los que del horno hicieron coro
Cuya beldad al Rey dejó admirado;
Calle el que echó la capa como á toro
Al dueño de su rostro enamorado,
Y calle de Artajerjes el cautivo
Por su agrado y belleza libre y vivo.

Calle el hechizo y la beldad tirana
Del ciego hijo del ocio y la mentira,
Calle el perdido por su sombra vana,
Que dentro el agua su belleza admira;
Calle el amado de la diosa humana,
Que muerto de una fiera le suspira,
Y calle aquel que á Jove enamorando
Subió al cielo en una águila volando.

Que todos fueron un rasguño y sombra
De la hermosura del infante eterno,
Que suspende la tierra, el cielo asombra,
Y enamora á su Padre sempiterno;
Todo el pueblo á Josef dichoso nombra
Por padre del hermoso Niño tierno,
Al Niño y á Josef todos bendicen,
Y al uno y otro mil amores dicen.

Mira la noble y la plebeya gente
De la hermosura niña el real decoro;
Ven de nieve y cristal la grave frente
Con la corona de las hebras de oro;
Y en dos zafiros, soberano Oriente
De los soles que espereen el tesoro
De los rayos de luz, divinas flechas
Que van al alma y corazón derechas.

Ven las mejillas, parques del Aurora,
Donde entre clavellinas y jazmines
El soberano amor glorioso mora
Abrazando de amor los serafines;
Ven la bella nariz, que hecha señora
De las gracias, preside en los jardines,
Igualmente su rostro hermoseando
Y igualmente las almas cautivando.

Ven la boca, que vierte aromas puros
De un coral en dos partes dividido,
Que es fortaleza de dos bellos muros
De diamantes donde hace amor su nido;
El corazón de pedernales duros
Del gitano mas zaino y mas perdido
Se derrite á las risas amorosas
Que descubren diamantes entre rosas.

Ven de marfil y de alabastro el cuello,
Que sirve de firmísima columna
A la fábrica real del rostro bello,
Donde hay aurora, estrellas, sol y luna;
Preso en las redes ricas del cabello
La gente en demandar siempre importuna,
Con las manos á quien la nieve imita
Les vierte amor, y el desamor les quita.

La gente egipcia enamorada y presa
Del Niño en la bellísima hermosura,
Entre sus resplandores se embelasa
Teniendo por dichosa su ventura;
Cuál los pies de jazmin humilde besa,
Cuál las manos de nieve blanca y pura,
Cuál la rosa y clavel de sus mejillas,
Y cuál le adora puesto de rodillas.